Día del Seminario

Que quieres que haga

cae en el más horrible anonimato: "Nadie" (¿Os acordáis de Polife-

mo?) será su verdadero nombre v el vacío habitará en su vida. Aquí estoy para hacer tu voluntad, dice Isaías. Hágase en mí según tu Palabra, dice María, que, al mismo tiempo aconseja, haced lo que él os diga. Pablo también, cuando es deslumbrado por la Presencia de Jesús: Señor, ¿qué quieres que haga?

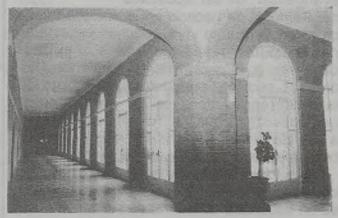
El caso de Pablo no es excepcional en el asunto que venimos diciendo. Ver a Cristo es recibir de él un Nombre, una misión. En la mitad del evangelio de Mateo, cuando Jesús se marcha de Palestina y luego se reencuentra con los Doce en el entorno de Cesarea de Felipe, se dirige a ellos para arrancar una confesión de fe: ¿Qué opina la gente de mí?... Y vosotros, ¿por quién me tenéis? Pedro, sin duda iluminado v cegado por el Espíritu Santo, confiesa lo que en el fondo ignora: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios Vivo. E, inmediatamente, Jesús reconoce y pronuncia el nombre oculto de Simón, el que el Padre le había puesto desde la eternidad: Tú eres Pedro. A continuación le revela su misión, lo que el Padre espera de él. Al cabo de

unos meses, tras su Pasión, el Señor se aparece en el Lago y vuelve

> a preguntar a Pedro: Pedro, ¿me amas más que estos? No le interroga sobre lo que piensa, sino sobre su amor, sobre su amistad. Y cuando Pedro responde por tres veces (tantas como negaciones) que le ama, Jesús le dice lo que quiere que haga: Apacienta mis ovejas.

El Día del Seminario es ocasión para que todos los cristianos (todos)

midamos nuestro amor al Señor por el grado de sincera disponibilidad con que le preguntamos: Señor, ¿qué quieres que haga? Ojalá lo hagamos y podamos escuchar la



respuesta que dé sentido y luz a nuestra vida. Cordialmente.

Fdo.: Lorenzo Trujillo